

PARA QUÉ NOS PREPARAMOS PARA LA GUERRA



NÉSTOR ANTONIO DOMÍNGUEZ

El capitán de navío Néstor Antonio Domínguez egresó de la E.N.M. en 1956 (Promoción 83) y pasó a retiro voluntario en 1983.

Estudió Ingeniería Electromecánica, orientación electrónica, en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires, es Ingeniero de la Armada y estudiante avanzado de Filosofía en dicha universidad.

Navegó más de 160.000 millas en todo tipo de unidades y culminó su carrera en relación con la construcción y puesta en operaciones de los destructores tipo Hércules y el flamante Departamento Ingeniería/Sistemas.

Luego de retirado actuó como Asesor del Estado Mayor de la Armada en Materia Satelital, Consejero Especial en Ciencia y Tecnología del Centro de Estudios Estratégicos de la Armada, Académico Fundador y de Número y Prosecretario de la Academia del Mar, profesor de la Escuela de Defensa Nacional y miembro de la Sociedad Argentina de Escritores.

Entre sus escritos figura la obra "Satélites", en dos tomos, el libro "Hacia un pensamiento ecológicamente sustentable" y cerca de cien ensayos publicados en distintos medios periodísticos.



BCN

Número 805

Mayo/diciembre de 2002

Recibido: 12.2.2001

*¿Cómo no creer en la eternidad de la guerra?
Eternos son los intereses y las pasiones, que
son las causas, y eterna la justicia, que sirve de pretexto.*

Autor anónimo



En el artículo: “¿Para qué prepararnos para

la guerra?” (1) el teniente de fragata Fernando Parizek, cuestiona a los filósofos y la filosofía en general, y hace críticas puntuales relacionadas con mi artículo: “Filosofía de la Tecnología” (2) y mi libro: **Hacia un pensamiento ecológicamente sustentable** (3). Lo hace luego de considerar que dispongo de las categorías de “ingeniero y filósofo” (que por ahora la sociedad argentina no está dispuesta a conferirme), y que, desde luego, no estoy dispuesto a autoadjudicarme, más allá de las contribuciones concretas que pude haber hecho en uno y otro campo de la acción y el conocimiento.

A esta altura de mi vida no creo que tenga valor el disponer de tal o cual título, dado que el tenerlo o el pretenderlo me ha causado graves problemas de identidad y pertenencia; valoro lo que hice con convicción, detesto el haber tomado algunas decisiones equivocadas y me jacto de seguir siendo siempre diferente, rompiendo todos los casilleros en que han pretendido aprisionarme.

Amo la vida y la libertad que me brinda el pensamiento y en ellas se basa mi accionar presente. De todas maneras, lo que más me perturba de Parizek es la pregunta que encabeza su artículo, dado que con ello parece señalar que lo que he escrito pone en duda **la necesidad de una defensa.**

Llevo cincuenta años de preparación para la guerra dentro de la Armada (pero cuando realmente fuimos a la guerra no tuve el honor de participar directamente en ella); mi padre y mi abuelo hicieron otro tanto, desde hace más de un siglo, sin la alternativa de la guerra.

Mis especulaciones filosóficas y tecnológicas, a menos que sean mal interpretadas, no pueden sustentar nunca un incauto pacifismo que desconozca la naturaleza humana y que constituya una suerte de suicidio intelectual que quite sentido a mi vida y a la de mis ancestros. Por supuesto que, como todos (y fundamentalmente los militares), quiero la paz pero, como alguien dijo, si queremos la paz debemos prepararnos para la guerra, y en eso estamos los militares.

El precio de la paz es estar siempre alerta. Mi abuelo, mi padre y yo lo hemos estado profesionalmente y de por vida. Nuestro pueblo, que quiere la seguridad que brinda la paz, nos ha pagado las armas, nuestros estudios y los sueldos correspondientes a la actualmente poco reconocida actividad de velar las armas para la defensa de la Patria. Lo ha hecho con todos los argentinos que nos dedicamos con verdadera vocación y amor a la defensa nacional.

Como bien lo aclara Bronislav Malinowsky (4) la **seguridad** es una “necesidad básica” (y vital) del ser humano y la **protección** es su “concomitante cultural” (y también vital) a nivel individual. Si referimos estos conceptos al ámbito entero del país y su población debemos hablar de **seguridad nacional** y de **defensa nacional.**

(1)

Parizek, Fernando, “¿Para qué prepararnos para la guerra?”, *Boletín del Centro Naval*, Nro. 797, Volumen 118, Enero, febrero y marzo de 2000, pág. 93.

(2)

Domínguez, Néstor Antonio, “La filosofía de la tecnología, una reflexión tan actual como ineludible”, *Boletín del Centro Naval*, N° 789, enero, febrero y marzo de 1998 (página 61):

(3)

Domínguez, Néstor Antonio, *Hacia un pensamiento ecológicamente sustentable*, Edición del Instituto de Publicaciones Navales, Buenos Aires, 1996, 262 págs.

(4)

Malinowski, Bronislav, *Una teoría científica de la cultura*, Editorial SARPE, Colección Los Grandes Pensadores N° 46, Madrid, 1984, 245 págs.

Esta última surge como algo cultural, como algo que debemos “cultivar” a partir de las raíces clavadas en nuestra tierra. La cultura no se globaliza y es la que ahora da sentido a nuestros límites geográficos y a todos los otros límites que podamos poner a todas las formas de transculturación y aculturación que transita nuestro pueblo en épocas de globalización. En todo esto la mejor arma es una educación que privilegie la excelencia en el conocimiento y **la peor nueva amenaza es la ignorancia** de nuestra cultura y la incompreensión respecto a las culturas exógenas.

Creo que queda claro el “para qué” siempre nos hemos preparado para la guerra. Esto consta en todas las historias de todos los países del mundo. Lo que ha cambiado son las amenazas, ahora son más sutiles, y dan lugar a la llamada **Revolución de los Asuntos Militares**, que se viene operando luego de la **Guerra Fría**.

Tanto desde un punto de vista tradicional como desde otro actualizado el título del artículo de Parizek carece de sentido.

Pese a la conmoción anímica que los escritos de Parizek me han ocasionado, debo celebrar su crítica porque es ella la que nos abre la puerta a la reflexión, a la enmienda de los errores, a la moderación en la autoestima (que no debe quebrar el delgado límite que separa al orgullo de la vanidad) y a un debate que permita **construir ideas en común** en vez de caer en la contundencia de una **refutación** basada en el criterio medieval de autoridad (o lo que en lógica se denomina como “apelación a la autoridad”).

Con esto creo que tanto Parizek como yo, ambos preocupados por la guerra, en particular, y el concepto más amplio de defensa, en general, hacemos un aporte constructivo a un conjunto de ideas que marca buena parte del camino de lo que nos viene ocurriendo a nivel nacional. Nuestro juicio sobre la realidad se encuentra algo debilitado por las confusiones de la época que nos ha tocado vivir.

Vigencia de la filosofía

Lo escrito por Parizek para intentar cuestionar el ejercicio actual de la **filosofía**, como una repetición de viejas ideas o como incitadora de cruentas acciones que demuestran su falsedad, no es otra cosa que **filosofía**. Lo suyo es contradictorio; no se puede desacreditar la filosofía filosofando.

Por otra parte debemos admitir que el pensamiento filosófico ha evolucionado permanentemente a través de su larga historia; las viejas ideas son permanentemente rescatadas para contrastarlas con las nuevas y esta suerte de “realimentación negativa” es la que permite ajustar la racionalidad de lo pensado, más allá del tiempo transcurrido y de acuerdo con la más pura tradición filosófica.

No hay mala intencionalidad en los pensadores auténticos, ninguno de ellos puede ser considerado culpable de que sus ideas hayan sido mal interpretadas y usadas por legiones de fanáticos para atentar irracionalmente contra la humanidad.

La reflexión racional es propia del ser humano y no se puede negarla sin rebajar la condición más excelsa de la esencia de lo humano.

La filosofía reflexiona, entre otros temas, sobre Dios, el mundo, el hombre y la naturaleza. Tiene vigencia testimonial desde hace unos 2700 años (partiendo con un Tales de Mileto **asombrado ante los fenómenos naturales**), ha influido en toda la historia de la humanidad y nada indica que haya muerto. Por lo contrario, podemos afirmar, como le he expresado en el artículo en cuestión, ha revivido gracias al **asombro ante la tecnología**, y sus productos con posibles consecuencias humanas y sociales.

Los que sentimos una sana inclinación por la sabiduría, por una verdad nunca dilucidada respecto a las grandes preguntas sin respuesta, no vamos a perder el hábito de seguir preguntando y preguntándonos sobre Dios, el mundo, el hombre y la naturaleza. Para ello requerimos de **tiempo, reflexión y silencio**, tres elementos estratégicos de muy difícil obtención en un mundo acelerado, irreflexivo y bullicioso.

La filosofía no ha resuelto ninguno de los grandes problemas del hombre, ni los va a resolver, se basa en preguntas sin respuesta. Si esas preguntas fueran respondidas, a través de una respuesta clara, definida y definitiva para todos los problemas de los que se ocupa, la filosofía desaparecería y ello dejaría conforme a Parizek. Todo sería científico, completamente explicable, y la vida se haría mucho menos interesante, sería una suerte de experimento científico con un resultado predecible, como lo pretendió la ciencia clásica tradicional.

Pero hoy día ocurre que tampoco los grandes científicos atribuyen a su ciencia un poder de predicción tan absoluto. El futuro perdería la magia y la sorpresa que ahora encierra. Cada presente se convertiría en una instancia de un destino inexorable al que deberíamos someter una imaginación creadora de nuevas realidades dentro de una realidad inasible.

Es por todo lo anterior, y mucho más, que tanto la filosofía como la ciencia, están hoy mucho más vigentes que nunca.

Las observaciones puntuales

Si bien considero que las objeciones puntuales a párrafos, o a partes de ellos, sacados del texto de un libro pierden el soporte que le da el contexto, haré observaciones puntuales a las críticas de Parizek. Esto lo hago pese a que pienso que el texto de un ensayo configura un sistema de ideas cuyos elementos, relacionados con el todo, no pueden ser analizados aisladamente.

1) Escribí (2) (pág. 63): “...el desarrollo tecnológico, la expansión de la economía y el riesgo ambiental que en consecuencia se produjo, se basaron en una ciencia y una tecnología desvinculadas durante siglos del pensamiento filosófico”.

La consideración que hago tiene que ver con un desvío cultural de carácter general ocurrido en Occidente a lo largo de la modernidad.

Si vamos a casos particulares como los que conciernen a decisiones tomadas por Alberto Einstein o Adolfo Hitler ante situaciones relevantes de la historia contemporánea entran en juego sus “pensamientos agentes” (5) que ni el mejor historiador de nuestra época podría develar.

Lo escrito tampoco avala situaciones históricas previas a la modernidad en que, pese a que la tecnología y la filosofía recorrieran un camino común del saber crítico, se cometieron verdaderas iniquidades mediante el mal uso de tales tecnologías.

Nuestro filósofo Víctor Massuh hace consideraciones al respecto (6) (pág. 13), que también son válidas para algunas acotaciones que he hecho anteriormente, y que expresa así: “Por otra parte sorprende constatar que el auxilio que el científico espera del filósofo no son **análisis del lenguaje**, ajustes metodológicos, labores domésticas que aquél termina cumpliendo por cuenta propia, sino las respuestas a los más audaces “porqués” sobre los enigmas últimos de Dios, la vida, el ser, el mundo, la nada: justamente esas respuestas que la filosofía había abandonado en su afán por imitar a la ciencia, sin advertir que ésta buscaba a su vez, a través de sus figuras mayores, lo mismo que aquella había abandonado. **Curioso desencuentro que signó la pérdida de vigencia de la filosofía en el cuadro de las disciplinas orientadoras de nuestro tiempo**” (las negritas son del autor).

(5)
Collingwood, R. G., *Idea de la historia*, 3ra. reimpresión, Fondo de Cultura Económica, México, 1980, 323 págs.

(6)
Massuh, Víctor, *La flecha del tiempo. En las fronteras comunes de la ciencia, la religión y la filosofía*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1990, 276 págs.

Por otra parte, si Parizek considera en sentido general mi libro se dará cuenta que el unir lo tecnológico y lo económico con lo ambiental a nivel global es algo actual, que no se podía elaborar en épocas de Einstein o Hitler, y que permite cuestionar al pensamiento moderno (en el cual ellos, como nosotros, estaban, y estamos, inmersos) para generar otro pensamiento acorde con los límites que la naturaleza nos impone. Ello no quiere decir que en la acción individual, presente y futura, todos vayamos a actuar según esta nueva manera de pensar. Lo harán quienes lo comprendan y estén dispuestos a encarar el desafío.

2) Escribí (2) (pág. 64): “...**porque la predicción científica nos permite trazar visiones prospectivas de situaciones ambientales y ecológicas futuras con bastante precisión...**”. Para criticar este escrito Parizek apela a los errores de los futurólogos, los filósofos y los científicos de todas las ciencias, que como alumnos distraídos y deshonestos” respecto, por ejemplo, del caso del derrumbe de la ex URSS, todo lo explicaron después de ocurrido.

Dejando de lado una deshonestidad, con la que no estoy de acuerdo, y una distracción, propia de todo ser humano que se precie de tal, creo, junto con Paul Valery y con muchos otros, que el futuro, tal como lo apreciamos ahora, es algo muy diferente de lo que fue para las generaciones de nuestros padres y abuelos, y ello es así porque es cada vez más inquietante e impredecible.

Que los futurólogos se equivoquen respecto al futuro es lógico porque nadie adjudica el carácter de ciencia a la futurología. Que los filósofos lo hagan es muy extraño, porque no se ocupan específicamente de las predicciones. Y, finalmente, ningún científico, y menos un investigador de la historia, o de las ciencias humanas y sociales en general, pretendería que sus leyes (si es que admitiera una legalidad en su campo de estudio) sean perfectas y eternas.

Ni siquiera Isaac Newton, que podríamos considerar como padre del mecanicismo moderno, enunció la ley de gravitación universal como algo imperativo dentro de su sistema del mundo. En una carta que dirigió al honorable Mr. Boyle (ampliamente conocido de los oficiales de Marina que estudiamos termodinámica) sobre “la causa de la gravitación” (25/2/1678) (7) (pág. 107) expresó, hacia el final de la misma,: “(...) usted discernirá fácilmente, si en estas conjeturas existe algún grado de **probabilidad** que es todo lo que yo deseo (...)” (la negrita es del autor).

(7)
Newton, Isaac, Selección, Editorial
Espasa-Calpe Argentina, Buenos
Aires, 153 págs.

Ante tanta modestia, y salvando toda comparación con el ilustre sabio inglés, expresé que las perspectivas ambientales y ecológicas podrán hacerse “**con bastante precisión**” y, por supuesto, atadas a impredecibles comportamientos naturales, sociales y humanos futuros.

Pasando a otro tema, encarado por Parizek en su crítica a este escrito, él niega que se pueda “(...) orientar la vida humana a través de la expresión de ideas” cae en contradicción con lo que afirma al comienzo de su artículo respecto a las ideas de Carl Max que, concuerdo con él, costaron a la humanidad “(...) casi un siglo de duras guerras y millones de muertos para demostrar su falsedad”. Lo que afirmo, entonces, no “suena a desproporcionado”. Lo que sí suena como tal es el reemplazo de un mecanicismo por un biologicismo a ultranza. El azar esencial no puede conducir al descreimiento de que el hombre puede incidir con sus ideas para ejercer cierto control sobre el caos y acceder a un futuro mejor que, pese a estar centrado en la vida (**biocéntrico**), puede ser alcanzable si los seres humanos nos lo proponemos sería y racionalmente. Ello no puede construirse sobre la negación del pensamiento crítico que nos es propio (para bien o para mal) y que es principio necesario para toda acción racional.

Tampoco podemos caer en afirmar, con los positivistas, que los hechos históricos son tan causales como los de la naturaleza (que tampoco lo son tanto como creíamos con la ciencia tradicional). Las explicaciones que ahora podamos dar sobre el derrumbe de la ex URSS nunca podrán tener en cuenta los “acontecimientos internos” (del pensamiento del

entonces pueblo soviético), de los que no hay testimonio, sino los “acontecimientos externos”, de los que sí hay testimonio. Las acciones racionales de los actores de la historia son guiadas, como vimos anteriormente, por pensamientos agentes que no pueden ser previstos en todas sus sutilezas.

Las acciones irracionales responden a sentimientos ocultos en el fondo de las almas de esos mismos actores. Los hechos históricos concretos responden parcialmente a tales pensamientos y sentimientos y a muchas otras circunstancias azarosas que nadie puede ni podrá predecir nunca.

3) Escribí (2) (pág. 64): “(...) siempre se consideró que la historia podría advertirles (a nuestros hijos) sobre el porvenir (...) esto es cada vez menos cierto (...) Aparte de dejarles una naturaleza depredada los estamos dotando de instrumentos que pueden terminar con sus vidas. Debemos proveerlos de una ética que les permita decidir siempre en favor de la vida y de la paz”...

Alega mi colega que los discursos éticos a favor de la vida y de la paz son muy antiguos y que sus resultados no son evidentes porque “(...) cada siglo nos matamos con más crueldad y más eficientemente”. Expresa que, como siempre ha ocurrido, hay grupos dominantes y dominados y que, por deficiencias en el suministro de energía, será muy difícil sobrevivir.

Alega que los discursos éticos no servirán para mantener la paz en circunstancias cada vez más comprometidas para la humanidad.

Me pregunto y pregunto a Parizek y a mis lectores: ¿qué hubiera sido de la humanidad si durante todos esos siglos no hubiera habido grandes hombres que con sus discursos éticos frenaron los impulsos de los poderosos y protegieron a los débiles con su aliento, consuelo y ejemplo personal?; ¿qué hubiera sido de nosotros sin un Jesucristo, un Aristóteles, un Mahatma Gandhi, un Santo Tomás de Aquino, una madre Teresa de Calcuta?

Por lo contrario: ¿Cómo sería la Argentina actual si no hubiéramos abandonado en las últimas décadas el cultivo de los valores que nos legaron nuestros próceres para constituirnos como nación libre, soberana y culta? ¿No nos faltaron argentinos que, como Domingo Faustino Sarmiento, pudieran encauzar una educación libre de una Reforma Universitaria que minó las bases éticas de la clase dirigente argentina? (8) y (9).

(8)
Vocos, Francisco J., *El problema universitario*, Colección Ensayos Doctrinarios N°3, Segunda Edición, Cruz y Fierro Editores, 1981, 195 págs.

(9)
Jaim Etcheverry, Guillermo, *La tragedia educativa*, Sexta reimpre-
sión, Fondo de Cultura Económica,
México, mes de abril del 2000,
231 págs.

No me cabe la menor duda de que la clase dirigente actual de la Argentina tiene la imperiosa necesidad de rescatar para su pueblo el valor del conocimiento, la primacía de la razón y la trascendencia de la reflexión filosófica. Si no lo hace, junto con otros imperativos sociales, no dará lugar a que nuestros descendientes perciban nada bueno, ni bello, ni verdadero, en el futuro.

Quienes sufrimos crudamente nuestra declinación como nación y somos pacientes de los desbordes que en nombre de la democracia o del autoritarismo se cometen, somos corresponsables de tal iniquidad, seamos de la clase dirigente o no.

La respuesta a la primer pregunta nos mostraría cómo hizo la humanidad pensante para brindarnos un bien y la respuesta a la segunda puede explicarnos a los argentinos muchas de las calamidades ahora sufridas.

Dentro del pensamiento filosófico la problematización del fenómeno moral que plantea la ética no puede ser abandonada. Debemos educarnos permanentemente en el cultivo de los valores para poder encarar el peligroso e inseguro mundo actual. Si pensamos en el mundo futuro, en ese mundo del que no seremos parte pero que habitarán nuestros descendientes, nos cabe ejercitar una ética de la responsabilidad intergeneracional.

Para que el mundo futuro sea como debe ser, primero debemos meditar sobre el “deber ser” y el “obrar” humanos y luego pasar a la acción para construir ese mundo para nuestros hijos. A algo de eso apuntó mi artículo: “El desafío ético” (10), para el ámbito más reducido de nuestra Institución y su entorno. Respecto al mismo recibí una nota del contraalmirante Oscar A. Quihillalt (que guardo entre mis recuerdos más queridos) y un silencio del resto de los oficiales de Marina..., que espero que sea reflexivo y no debido a una falta de inquietud por este grave problema nacional.

(10)

Domínguez, Néstor Antonio, “El desafío ético”, *Boletín del Centro Naval N° 777*, enero, febrero y marzo de 1995, pág.99.

El mencionado Almirante también me ha ponderado verbalmente el artículo aquí analizado.

4) Escribí (2) (pág. 72): “(...) (las explicaciones humillantes que nos llevaron a la situación actual) (...) se disolverán en un pensamiento descontaminado, ecológicamente sustentable. El hombre y la naturaleza serán considerados por la reflexión humana como un todo inescindible y vendrán tiempos más armónicos y mejores”.

Otra vez Parizek cae en el biologismo al expresar que “(...) tenemos una ventaja, sabemos que los genes que **nos gobiernan** no piensan ni eligen, sólo se reproducen” y al afirmar que la capacidad de reflexión no nos sacará del atolladero, en que nos introdujo la tecnociencia moderna, sino que lo hará la casualidad de la reproducción. Ello nos quita la posibilidad de elegir nuestro destino, como si fuéramos animales, o inclusive plantas, sometidos a un inexorable imperativo biológico.

Dice Ferrater Mora (11) (pág. 114) al referirse al término “**biología**” en su diccionario: “Hablar de una tensión entre la Biología y la Filosofía como un caso particular de la tensión general entre la Filosofía y la Ciencia es desconocer el carácter de cada una de estas disciplinas. La tensión existe solamente cuando hay previa confusión, es decir, invasión por una de ellas de los territorios que les son vedados. Este es, por ejemplo, el caso cuando se habla de fundamentos filosóficos de la Biología o de fundamentos biológicos de la Filosofía, cuando la Biología se reduce a una metafísica de lo orgánico o cuando la Filosofía se convierte en puro **biologismo**”.

(11)

Ferrater Mora, José, *Diccionario de Filosofía*, Tercera Edición, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1951, 1047 págs.

En cuanto a que “(...) jamás el mundo de la ideas ha llevado al hombre a cambiar su evolución”, no estoy para nada de acuerdo, repito: no somos ni animales ni plantas, aunque tengamos un fuerte condicionamiento biológico. Nuestra racionalidad gobierna gran parte de nuestras acciones y, para bien o para mal, poseemos una ingeniería genética que podría llegar a cambiar nuestra evolución como especie con cierta racionalidad basada en ideas de mejoramiento biológico de la humanidad.

5) Escribí (2) (pág. 72): “Después del fin de la Segunda Guerra Mundial (...) los pensadores de la humanidad dieron nacimiento a una nueva filosofía con respecto al hombre (...). Asimismo surgió un sentimiento de responsabilidad respecto de las futuras generaciones humanas y otro de solidaridad hacia los seres humanos más desamparados (...)”.

Así como la filosofía no llegará nunca a la “verdad total” tampoco podemos decir que el afirmar que la concepción de una nueva visión del hombre, el nacimiento de una ética de la responsabilidad en relación con las futuras generaciones y el sentimiento de solidaridad por los desamparados son “mentiras totales”. Si el mundo es todavía vivible es porque existimos aún muchos seres humanos que creemos en algunas utopías en relación con la verdad, el hombre, el futuro y la solidaridad. Lo que evita que ello se acerque a una realidad más feliz es el peso de la irracionalidad, que todos padecemos, y la incredulidad respecto a que avancemos hacia esas utopías, del resto.

No me son para nada desconocidas las realidades que Parizek detalla, ni los discursos “voluntaristas” de las Naciones Unidas, ni el problema de la superpoblación mundial, ni los problemas energéticos del futuro..., tan sólo quiero expresar que deben seguir escuchándose los débiles discursos altruistas, tanto de la filosofía como de la fe, para que la humanidad tenga alguna chance de sobrevivir racionalmente y con fe en el futuro (aunque ese futuro se ubique después de la muerte).

No se trata de proponer “atajos filosóficos” respecto al mundo que nos rodea sino de establecer pautas de pensamiento racional respecto a como nos entendemos con la naturaleza que nos da cabida. En esto la honradez se da por descontada.

Por otra parte debemos admitir que fue “saltando fuerte” por encima de las “piedras”, que los incrédulos y la naturaleza les ponían en su camino, que los astronautas llegaron a navegar en el espacio ultraterrestre y alcanzaron la Luna; lo hicieron gracias a la ciencia y la tecnología. Ello fue precedido por las utopías de Julio Verne, un artista con una palabra inflamada de imaginación.

Algunas de sus utopías marcaban la dirección del cielo que nos señaló Platón a través del arte de Rafael Sanzio (obra: “La Escuela de Atenas”, Galería Vaticana (12) (pág. 2132).

(12)

Autores varios, *El Tesoro de la Juventud*, Tomo VI, W. M. Jackson Editores, Buenos Aires, 1943, 7172 págs.

A nadie le cabe duda que en el espacio ultraterrestre el hombre está fuera de su lugar (“U-topos”): la Tierra.

No creo en la muerte de las utopías, ellas están más vigentes que nunca.

Lo mismo sucede con las ucronías (“U-cronos”) respecto al futuro, no podemos burlarnos de ellas, tratan de ayudar a que asumamos nuestra responsabilidad intergeneracional.

6) Escribí (2) (pág. 75): **“El hombre fragmentado (por las ciencias) (...) se cree poseedor de verdades de a puño que no quiere contrastar con quienes tienen una visión diferente del mundo (...)”**.

Creo que es diferente la fragmentación del conocimiento producida por la especialización científica y tecnológica, de la cual la ciencia no es culpable, que la supuesta fragmentación producida previamente por la filosofía en el saber humano.

Ninguna filosofía, a diferencia de las ciencias particulares, aspira a la consideración de las partes de la verdad sino a ella en su totalidad.

La fragmentación se produce en la ciencia ante la evidencia de un conocimiento inabarcable para cualquier científico individual. Todo científico sabe esto y lo asume desde su etapa formativa universitaria; es por ello que surge el trato interdisciplinario del conocimiento y es así como se han resuelto muchos problemas de una realidad cada vez más compleja.

En cambio, el filósofo, tiene vocación por lo transdisciplinario y por la unicidad del saber y conoce perfectamente que tampoco logrará su objetivo de proveer de un único fundamento a las ciencias.

Rememora a los presocráticos que aspiraban a ello y medita sobre la “totalidad que fluye” y “el orden implicado” (de David Bohm) con el fluir de su pensamiento (6) (Capítulo VI, pág. 193).

El saberlo de antemano evita las frustraciones de unos y otros.

En todo esto no hay especulaciones económicas ni políticas, responde a maneras de ser diferentes que entran dentro de la diversidad que caracteriza a cualquier especie viva y a cualquier sociedad humana.

Las filosofías no han sido las que se han enrolado en las disputas por el poder sino algunos filósofos que no merecen el calificativo de tales. Los filósofos, como lo he expresado, aspiran al conocimiento de la verdad y no al poder; no son políticos. Ellos toman distancia del chimpancé, no como intento sino como realidad, y lo hacen girando sobre los goznes de una racionalidad que nos diferencia como especie.

Que ello haya servido tanto a la amplificación del bien como del mal, marca el hecho de un peligroso estancamiento ético.

Los enfoques distintos para evitar la autodestrucción de la especie son, a mi entender, los que propongo en mi libro como propios de un **pensamiento ecológicamente sustentable** y que, como todo pensamiento, no puede ser explicitado y difundido de otra manera que no sea la del discurso.

Esto nos muestra, a diferencia de lo que afirma Parizek, citando a Wittgenstein, que la tarea de la filosofía deberá exceder la que corresponde al análisis del lenguaje. Eso es lo que sostiene la promocionada **filosofía analítica** y el denominado **giro lingüístico** de la filosofía.

7) Escribí (2) (pág. 75): **“Es un hecho que la sociedad no ha dado al ingeniero el lugar que le corresponde (...) casi siempre debe trabajar en relación de dependencia (...) es probablemente el peor remunerado (...) los tecnólogos aparecen sólo en algunos niveles secundarios de asesoramiento (...) no logran encaramarse en el poder (...)”**.

De las observaciones de Parizek a estos recortes de mi argumentación sobre los ingenieros, su vida y sus frustraciones y de su nueva arremetida contra los filósofos en general, se infiere que, los únicos que tienen buenos niveles de testosterona, son los que ambicionan las formas tradicionales del poder (políticos, empresarios y militares). Para él los grandes ingenieros que han brindado grandes y complejas obras a la humanidad, los grandes científicos que han luchado para engrandecer el conocimiento humano, los grandes pensadores que han conformado el mundo de Occidente de acuerdo con sus ideas filosóficas, los grandes juristas que han elaborado la trama legal que rige nuestros derechos y deberes, etc. por haber fijado sus objetivos en ideales tecnológicos, en el conocimiento, en la verdad, en la justicia, etc. no son “machos dominantes” con elevadas dosis de testosterona; nunca podrán ser gorilas seguidos por tropillas de monos dóciles y obedientes a sus selváticos gruñidos.

Creo tener claro que en el mundo actual a dichos **poderes fuertes** se les aplican los **poderes débiles** del conocimiento y la información y que el resultado poco tiene que ver con la testosterona de los actores de la realidad. Si aplicáramos ciertos análisis clínicos a muchos de los líderes mencionados por Parizek nos llevaríamos tantas sorpresas como las que nos dan ciertas damas que ejercen poder político, empresarial y, crecientemente militar, con bajos niveles de testosterona.

8) Escribí (2) (pág. 77): **“(...) Como hemos tratado de demostrarlo, la tecnociencia (...) debe aceptar la reflexión filosófica como motivadora y condicionante de su acción (...) la ética de la responsabilidad es una ética de futuro que debe anidar en la conciencia de la humanidad (...)”**.

Luego de ponderar positivamente mis escritos, cosa que agradezco, Parizek vuelve a condicionarlo todo a la **genética**. Aparentemente dicho condicionamiento genético es de carácter bélico y no se puede apelar a que algunos genes nos impulsen también hacia el amor, la armonía y la paz. Pero resulta que estos tres aspectos del espíritu humano existen y ello ha permitido y permite que haya algo de rescatable en el seno de la humanidad que, como esencia, nos anima.

De otra manera ya habríamos desaparecido. La dicotomía que forman la guerra y la paz seguirá existiendo, ambos términos se condicionan para su existencia, si sólo hubiera guerra no habría un término para designar otra condición alternativa de la horrible realidad vivida; lo mismo ocurriría si sólo existiera la paz, dado que nadie pensaría en apelar a la violencia para dirimir disputas. Como bien lo expresaba Platón en su Teoría de las Ideas todo puede ser definido por lo que es tanto como por lo que no es. La guerra se define en función de la paz y viceversa. Pero la realidad no es digital sino analógica, la historia transcurre según todos los grises y los colores de las imágenes que nos va presentando el mundo.

Reflexiones finales

En principio podría comenzar por rebatir las reflexiones finales de Parizek con la misma puntilliosidad que lo hice anteriormente con referencia a partes de mis textos escritos; pero creo que casi todas las observaciones principales a sus críticas las he elaborado en los análisis anteriores.

Él ataca la filosofía y yo la defiendo.

Él considera que la acción de las Naciones Unidas es inútil y yo sostengo que dicha organización internacional ha logrado realizar algunas acciones de provecho para la humanidad (pese a algunas objeciones de orden ético y político que podrían hacersele).

Él considera que las doctrinas de un descarnalizado amor al prójimo no dan resultados desde hace veinte siglos y yo pienso que las doctrinas de la Iglesia, también con algunas objeciones, han sido positivas para el hombre occidental y cristiano, etc.

No obstante lo anterior, no puedo menos que avalar algunas de sus observaciones relativas a ciertas hipocrecías.

Estoy de acuerdo con que los problemas ambientales y ecológicos serán inductores de violencias y guerras inéditas en la historia del hombre. Tendremos que aprender a convivir con nuevas formas de la violencia.

Concuerdo con lo ocurrido a los indios americanos y el proceso de aculturación que sufrieron luego de la conquista y colonización europea.

También avalo sus conceptos respecto a los países desarrollados y las limitaciones fácticas y éticas que aplican a los no desarrollados para el acceso a armas poderosas que ellos han usado de hecho, durante la Segunda Guerra Mundial, y como disuasivo desde entonces.

La hipocrecía tiene lugar cuando no se expresa lo que se piensa o se siente o no se hace lo que se dice, se siente o se piensa. De más está decir que esta falla espiritual tiene una amplia difusión en toda la especie humana y que, salvo unas pocas y honrosas excepciones, nos involucra a todos en mayor o menor grado. Algunos seres muy especiales son los que tienen una filosofía de vida, la expresan con transparencia hacia sus semejantes y todas sus obras son coherentes con su pensamiento, sentimiento y acción de manera que arrastran a grandes masas humanas por el camino del bien. Ellos iluminan dicho camino más allá de su vida y para los demás.

Cuando los que piensan, los que interpretan la expresión de ese pensamiento y los que actúan tras una nueva interpretación de lo expresado son personas diferentes, aparecen las distorsiones de un pensamiento original que pueden ocasionar graves males a la humanidad.

La filosofía de Wittgenstein, expresada básicamente en su **Tractatus Logico-Philosophicus** (13), trata de lograr una unicidad de significado o referencia en los símbolos o en las combinaciones de símbolos para estructurar un lenguaje lógicamente perfecto, que evite las interpretaciones alternativas, y expresa que son los hechos los que hacen a las proposiciones (filosóficas o científicas) verdaderas o falsas. Es así como, en su proposición 4.003 afirma: "La mayor parte de las proposiciones y cuestiones que se han escrito sobre materia filosófica no son falsas, sino sin sentido. No podemos, pues, responder a cuestiones de esta clase de ningún modo, sino solamente establecer su *sinsentido*".

"La mayor parte de las cuestiones y proposiciones de los filósofos proceden de que no comprendemos la lógica de nuestro lenguaje".

Como puede comprobarlo fácilmente Parizek, y contrariamente a lo que él afirma, los filó-

(13)
Wittgenstein, Ludwig, *Tractatus Logico-Philosophicus* Editorial Alianza Universidad, versión española de Enrique Tierno Galván, Madrid, 1973, 221 págs.

sofos no se empeñan en olvidarse de Wittgenstein. Ellos han escrito muchísimo sobre su obra y, en particular, sobre el *Tractatus*. Al hacerlo todos están haciendo filosofía con gran honestidad intelectual. La construcción de un único idioma lógicamente perfecto es una utopía que incita a una magna empresa de la filosofía que, como todas sus empresas, nunca encontrará un final totalmente satisfactorio; las utopías son inalcanzables porque se ubican en un lugar que es inalcanzable para los humanos. Pero ocurre que la filosofía tiene muchas otras tareas que realizar en muy diversos campos (con sus correspondientes utopías) y las va realizando al recorrer un camino histórico y sin final. La verdad es como el horizonte, cuando avanzamos hacia ella se vuelve a alejar. Tanto los filósofos como los marinos sabemos algo de ello. Pero lo anterior no da pie a dejar de pensar o de navegar.

Cambiando el enfoque, volviendo a las reflexiones finales de Parizek, y en consideración de nuestro caso particular, podemos decir que es evidente que en la Argentina hay muchos desocupados pero hay muy pocos “amantes de las ideas” que pretendan pensar el país y dar sanas orientaciones a los políticos, legisladores y otros miembros de la clase dirigente (que parece estar en vías de extinción).

Siempre se nos ha pensado “desde afuera” (José Ortega y Gasset, Julián Marías y otros pocos pensadores extranjeros que nos han considerado como verdaderos casos para el estudio filosófico) mientras que la mayoría de nuestros filósofos se ha dedicado a “re pensar lo que pensaron los de afuera”. Sólo un Víctor Massuh, un Juan José Sebreli, un Jaime Barylko, un Santiago Kovadloff, un Guillermo Jaim Etcheverry (que aunque no tenga título en filosofía, nos piensa) y otros pocos pensadores argentinos se han tomado el trabajo de mirar hacia su entorno desde su propio país. Mario Bunge lo hace desde afuera, desde Canadá y no es lo mismo, aunque sea útil.

No nos hemos dedicado a pensar nuestra realidad y dado que, como dice Parizek, “La supervivencia exige ser realistas”, debemos hacerlo usando nuestros mejores cerebros y partiendo de la base de que es una realidad altamente compleja con muchísimos intereses en juego. Ella sólo puede ser desentrañada si los que la piensan no participan de tales intereses. Para esto nada mejor que los filósofos y los pensadores libres; ellos pueden marcar caminos y dar fundamento y sustento ideológico a juristas, sociólogos, políticos y economistas para que encaminen las normas y acciones de un país que parece haber perdido el rumbo de la historia.

Conclusión

Es evidente que las imágenes del mundo de Parizek y la mía son bastante diferentes.

Si bien ambos nos hallamos inmersos en una cultura moderna y hemos tenido educaciones similares dentro de un mismo país, ello no ha permitido que enfrentemos al mundo y en la época que nos ha tocado vivir, casi sincrónicamente, con un punto de vista común.

Esto no representa la posibilidad de un conflicto en el que yo pretenda tener la razón y trate de refutar acabadamente las razones que esgrime Parizek, que se ha tomado el sufrido trabajo de leer y echar su luz sobre uno de mis escritos.

En cambio, sí representa el hecho que las imágenes del mundo son tantas como los seres humanos que pueblan una realidad que tratan de modificar.

Si bien la imagen del mundo debería ser una y verdadera, nadie está en condiciones de atraparla de una vez para siempre. No se trata de una fotografía sino que de una película que nos muestra una historia y una naturaleza signadas por la **flecha del tiempo**. Nadie tiene la sabiduría necesaria como para comprenderla desde un punto del espacio y un instante en el tiempo.

(14)

Pérez Amuchástegui, Antonio J., *Algo más sobre la Historia, Teoría y metodología de la investigación histórica*, Editorial Ábaco de Rodolfo Depalma S.R.L., Buenos Aires, 1977, 210 págs., página 30.

(15)

Castex, Adelina, *Metafísica del tiempo*, Editorial Lohlé Buenos Aires, 1987, 226 págs.

Lo afirmado en el párrafo anterior tiene sus fundamentos. Tanto la realidad observada como el observador tienen **“temporidad”**. La temporidad es, según mi profesor Antonio J. Pérez Amuchástegui, “ese ingrediente temporal efectivo de toda realidad” (14). Ella da contenido y sentido a la trayectoria de la “flecha del tiempo”. Con esto quiero decir que, tanto el mundo como el hombre individual que lo observa, son afectados por el **tiempo** en un proceso evolutivo del cual no pueden sustraerse. El tiempo aparece así como **creador** de nuevas realidades, como lo afirma mi amiga y profesora de filosofía (ya nonagenaria, pero amante indeclinable de la verdad) Adelina Castex (15). Ella se refiere a que el hombre trata de considerar al tiempo como agente de una acción destructiva y mortal y no como agente de creación y vida. Es así como intenta alcanzar lo eterno. Concretamente escribe: “Esta primitiva tentativa de alcanzar lo eterno, por asimilación de lo eterno a lo que no cambia, y la noción de que lo que no cambia es lo que se deteriora, se enlaza con la desvalorización del Tiempo, al asimilarlo a lo que destruye, olvidándose de que, a la vez, el **Tiempo es lo que construye y crea**” (la negrita es de este autor).

Por otra parte Ilya Prigogine expresa: “En estas condiciones, el futuro del universo no está determinado de ninguna manera, o por lo menos no lo está más que la vida del hombre o la vida de la sociedad” (16).

(16)

Prigogine, Ilya, *El nacimiento del tiempo*, 2da. Edición, Editorial Tusquets, *Metatemas 23*, Barcelona, 1991, 98 páginas, pág. 27.

Indudablemente que esta afirmación de Prigogine surge como corolario de sus investigaciones sobre los fenómenos irreversibles. Esto lo lleva a pensar el universo como sujeto a una evolución irreversible, tan irreversible como el tiempo, en que la reversibilidad y la simplicidad clásicas de las ciencias modernas resultan entonces como casos particulares de un proceso más general e ineludible.

Pero por otra parte nuestras imágenes del mundo no sólo deben tener un carácter real e instrumental, científico y tecnológico, sino que, para incidir en él, se hace necesario que tengan un contenido ético (para que podamos transformarlo obrando según lo que estimamos que debe ser) y un contenido estético (para que podamos crear nuevos mundos con el mundo y dentro del mundo). Cuando todo esto trasciende lo individual para pasar a ser la imagen del mundo que debería tener la humanidad cobra el sentido que le quise dar en los capítulos de mi libro atinentes a la **macrociencia, macroética y macroestética** y que constituyen tres de mis más queridas utopías personales para legar a mis nietos. De todo esto, que es lo principal para mí, nada dijo Parizek.

Si bien admito la existencia de un concepto del tiempo como agente destructivo y mortal, que ha contenido históricamente a todas las guerras que en el mundo han sido y que da lugar a una imagen del mundo como la que Parizek presenta, prefiero resaltar el concepto del tiempo constructor, creador de vida y de posibilidades de paz que sostiene Adelina Castex (ex Jefa de Trabajos Prácticos de la cátedra del gran filósofo argentino Francisco Romero) aun con su sordera, su dificultad para caminar y sus noventa y un años a cuestas. Ella sabe muy bien lo que el tiempo construye y también lo que destruye.

En realidad, la amplitud del tiempo da lugar a la construcción y la destrucción, a la vida y a la muerte, a la paz y a la guerra... El mundo evoluciona históricamente así, brindando imágenes de todo tipo e imprevisibles, tan imprevisibles como las de esos **caleidoscopios** que al girarlos nos ofrecían visiones multicolores siempre distintas, que incitaban nuestra imaginación infantil hacia múltiples y luminosas interpretaciones. Seguiremos girando **nuestro caleidoscopio** según un tiempo constructor y creador, con vidrios de todos los colores y apuntando a un cielo azul marino inundado por el brillo de un Sol dador de vida. Si alguien trata de romperlo trataremos que no lo haga, nos va la vida espiritual en ello; ella es más valiosa que la física para una humanidad y una argentinidad que deben basar su devenir en el tiempo en lo que constituye su propia esencia: la imaginación para crear, la razón para argumentar, y la fe, para creer. **BCA**